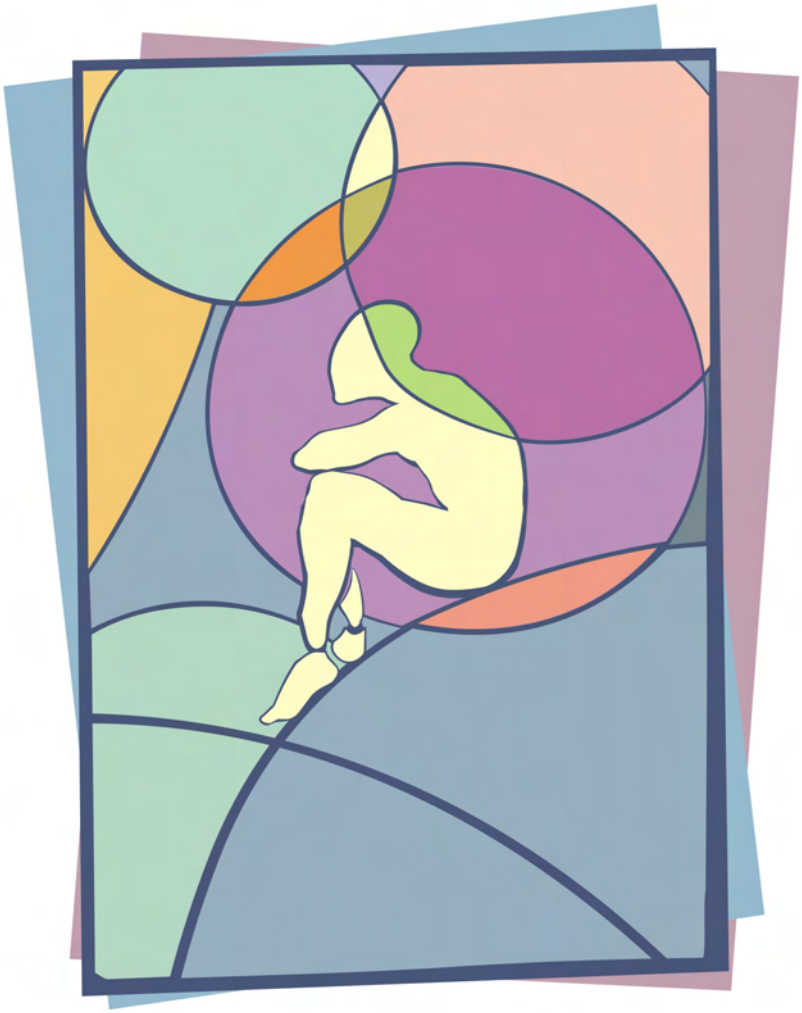

CC ONG

AYUDA AL DESARROLLO

www.ccong.es

Memoria del viaje a Burkina Faso como voluntarios de CCONG

Junio/Julio 2012

Francisco Javier Otero García y Dolores Ibáñez de San Juan

El día 22 de Junio y después de una temporada de nervios con motivo de la preparación de este viaje a Burkina Faso sobre las 19 h 20 m partimos del Prat camino de África, a Casablanca donde hicimos escala. Tras una breve estancia para el cambio de avión y una vez pasados los controles policiales, embarcamos de nuevo en dirección de Ouagadougou, nuestra meta, donde nos esperaba nuestro hijo Javier, su amigo Diego y el taxista Ousmane.

El viaje fue perfecto y sobre las 3 de la mañana pudimos abrazar a Javi y sus compañeros. Unas lágrimas, muchos besos y abrazos, saludos y etc. que se pueden imaginar y por fin a descansar al Hostal Les Lauriers Cerca de la catedral. Ya estábamos en África.

Lolín y Javi en los jardines de Les Lauriers el primer día en Ouagadougou

El día despertó brillante como casi todos los días de nuestra estancia y después del aseo y de un desayuno reparador nos dispusimos a ie con Javi a conocer esa ciudad que la noche anterior solo habiamos atisbado.

La catedral

El Gran Mercado

Una calle en Ouagadougou

En estas tres instantáneas que muestro, creo mostrar un poco que es lo primero que me llamó la atención

La primera es de la catedral, un edificio sólido de ladrillo en un buen estado con amplios jardines alrededor y zonas asfaltadas, tal vez equiparable a cualquier ciudad no muy rica de un país cualquiera.

La segunda foto es del Gran Marche, un mercado donde se puede comprar casi de todo pero con cuidado, pues los vendedores te atosigan y te tienes que poner muy serio para que te dejen respirar un poco, además, todo está un poco manga por hombro. La zona está semi-asfaltada pero se ve un buen edificio y hay mucha vigilancia a la vez que un gran caos.

Y la tercera foto es de una calle normal de la ciudad un poco alejada del centro, esto es el autentico Ouagadougou, calles sin asfaltar, sin alcantarillado, sin luz, etc. una autentica calle de una ciudad de lo que nosotros podemos entender como el tercer mundo, donde el chabolismo se ha adueñado del espacio y el crecimiento desordenado de la urbe tiene su máxima expresión.

Después fuimos a comer y comimos. La idea que puedas tener de un restaurante en Europa no sirve para Burkina Faso. Supongo que también los habrá equiparables a los nuestros pero desde luego yo no los vi y tampoco estarán al alcance del burkinabe corriente.

Lolín en un restaurante del barrio cerca de la asociación

Por la tarde nos acercamos a la asociación donde conocimos a varios miembros y establecimos un primer contacto con ellos, así conocimos a Seidou, Fidel, Rosalie, etc. y también a Irene, una cooperante murciana la mar de maja que nos enseñó como hacía su función con los niños.

Irene aplicando terapia con José

Así poco a poco como ocurren las cosas en África fuimos conociendo a la gente, los vecinos del barrio, los amigos de nuestro hijo, personas con las que estableces relación, y un sinfín de anécdotas que nos fueron introduciendo en el corazón lo que es el país.

Impresiones

Lolín rodeada de niños vecinos de la casa de los voluntarios

La familia con Fidel y Seidou

Javi sacando agua de su pozo para asearse

Encuentro casual en la calle con una familia cuya hija era atendida en la asociación

Dos imágenes de un mercado cercano a la asociación

Irene Lolín y Javi en un lago cercano a la vivienda de Javi

Después de esta serie de fotografías trataré de explicar un poco mi impresión personal que sobre Burkina me hice en mi corta estancia.

Empezaré diciendo que a veces he tenido sentimientos contradictorios, pero digo también que fueron reales, solo dependían de mi estado de ánimo y de las circunstancias de cada momento.

La gente en Burkina es acogedora y alegre, no se ve gente encerrada en sí misma si no que les gusta saludar y conversar aunque no te conozcan, tal vez algunos tengan un punto de racismo con los blancos, porque no me explico que todos los niños nos saludaban llamándonos Nazara, que quiere decir Blanco en moaré, idioma que hablan los nativos, aunque todos hablan francés habitualmente y no hay problema para relacionarse con ellos.

Los niños como los de todo el mundo te cautivan con sus sonrisas, sus miradas que te atraviesan de dulces que son, y su espontaneidad, todos te saludan cuando vas por la calle y vienen en tropel a chocarte la mano como los deportistas. Parece ser que están casi todos escolarizados y que tienen ganas de aprender, como anécdota diré que llevamos unos sudokus para pasar el tiempo y dos muchachas de unos 12 años, Jaqueline y Salamata, al vernos se interesaron en que era eso, pues bien, a pesar de la barrera idiomática rápidamente comprendieron la mecánica y venían a que Lolín viera sus progresos todos los días, lo cual dice mucho en su favor.

Las mujeres además de ser muy bellas con sus vestidos de colores, sus tocados haciendo juego y esos peinados imposibles, son decididas y mañosas, yo vi como muchas arreglaban sus motos o bicicletas ellas mismas como mecánicas de primera, otras venden comida en la calle, generalmente arroz o unas alubias pequeñitas que llaman benga y que son muy sabrosas, también venden fruta, mangos, carité, y una especie de uvas que se crían en unos árboles grandes, también cuidan de su prole por regla general numerosa y pude observar como les bañaban todos los días en grandes baldes.

Los hombres trabajan en lo que pueden que me parece a mí que es poco, procuran vender no sé muy bien qué, pues las tiendas del barrio dan un poco de pena, lo mismo que el mercado del barrio que está muy deteriorado y no ofrece calidad ni mucha variedad. Una cosa que me llamó la atención fue ver muchos corrillos de jóvenes por toda la ciudad sin nada que hacer, de tanto en tanto descargaban algún camión de mangos y cosa por el estilo, pero no mucho más. Alguna vez vi grupos de bebedores que bebían en una calabaza una especie de cerveza casera de alta graduación que les producía una buena melopea, tal vez les ayude a olvidar.

En cuanto al asunto religioso observé que no había muchos problemas entre las dos religiones mayoritarias, pues la gente convive, incluso en las curts pueden convivir familias de distintas religiones. Espero y deseo que los problemas de los países limítrofes no les afecte y continúen conviviendo en paz.

La alimentación es básicamente arroz que se come con distintas salsas, además el benga que ya he dicho, algo de carne de mutón o pollo, algunas ensaladas y huevos que venden cocidos, fruta y para de contar. Tal vez yo no observé lo suficiente, pero me temo que no hay mucho más. El pescado no lo probé porque además no tenía un aspecto muy apetitoso que digamos.

Como experiencia diré que las señoras de la curt donde vive Javi nos ofrecieron una comida tradicional (arroz, benga, salsa de cubos Maggi y fruta) cocinados con leña en sus pequeñas cocinas. Ellos comen en una palangana comunitaria y van cogiendo con la mano haciendo pequeñas bolas que van llevando a la boca, Lolín intentó emularles y se quemó cosa que nos hizo reír un buen rato.

Los niños se sientan en el suelo y comparten otra palangana, nos resultó una experiencia muy evocadora, pues yo en mi niñez que también a veces comíamos así.

Los niños comiendo en la curt de Javi

Al final nosotros ante la falta de maña y con las risas de nuestras anfitrionas, nos agarramos a los platos y las cucharas, porque si no nos quedamos sin comer. Al acabar la comida las señoras se peinaron unas a otras y se pusieron muy guapas para hacernos las consabidas fotos, ellas le regalaron a Lolín un traje típico de allí.

Hay dos señoras que se llaman igual y además comparten marido lo cual para mi resulta un poco chocante pero ellas no tienen que yo sepa mayor problema.

La comida en la curt

Departiendo con Rosi, Maimuna, Maimuna, y una vecina

Una foto de contraste, Maimuna, Lolín, Rosi y Maimuna con sus elegantes vestidos

Otra experiencia buena fue una noche de vuelta al hostal en que paramos un taxi y al final íbamos ocho en el, bien apretaditos, Lolín sentada encima de mí y niños repartidos por encima de los colegas de viaje a los que no conocíamos ni se conocían entre ellos, pero es una manera de viajar.

Un día fuimos a ver cocodrilos en estado salvaje, para ello contratamos a Ousmane que nos llevó en su taxi. Fue una buena aventura y pude comprobar cómo era la tierra burkinesa. Sus campos tienen el aspecto de ser feraces, pero les faltan infraestructuras, principalmente canales para el riego y pienso que tractores para el cultivo. Las viviendas en el campo son las típicas casas redondas, con animales alrededor, sobre todo burros y cabras.

Lo de los cocodrilos es un poco como es; se trata de que compres un pollito que después un cocodrilo se comerá, y aunque pactamos con el guía indultar al pollo, al final se lo zampó un saurio. El pollito atado a una cuerda comienza a piar cerca de una laguna y los bichos comienzan a salir esperando la comida, una vez fuera se hacen las fotos y uno de ellos se come el pollo. Nosotros como guiris hicimos lo típico, fotos en las que no nos reconocemos. Después vimos a un señor muy mayor tejer en un telar rudimentario que parecía sacado del paleolítico. El día resultó de lo más divertido aunque con un punto surrealista.

Javi cabalgando un cocodrilo

Irene y Lolín acariciando el lagarto

Como se puede ver la prudencia no es su fuerte ya que los bichos aunque el guía tenía un palo no eran de fiar en absoluto. Al pollo no lo pongo que me da pena

Yo, con la valentía que me caracteriza

Anciano tejiendo

Durante los días que estuvimos conocimos a unos cuantos voluntarios y algún español más que vive por allí. Nombraré a Chimo, un castellonense que vive casi todo el año en Burkina y que se ha hecho amigo de mi hijo, a Irene a la cual ya he nombrado chica dulce y valiente, a Alex y Juan madrileños con gran corazón que lo han tenido que dejar por el embarazo de Alex, a una madre y su hija de Madrid que coincidimos un día en el hostal y que iban a Ziniaré, también a un asturiano que trabaja en la embajada de España en París que fue al mismo orfanato, a Silvia una veterana que lleva el proyecto de la asociación y por supuesto a Diego, el amigo de Javi que es casi de la familia, todos

ellos tienen una valentía, un sentido de la solidaridad enorme y un corazón que no les cabe en el pecho de ellos he aprendido muchas cosas y les agradezco su compañía en esos días.

El problema sanitario en Burkina por lo que yo pude observar es, que no hay sanidad, al menos pública y la privada en un país tan pobre no está al alcance de casi nadie.

Lolín se indispuso durante un par de días y yo comencé a preocuparme, pues tenía fiebre, vómitos y diarrea, vamos lo típico, después de consultar a la hermana Marina, que es una monja colombiana que lleva el hostal Les Lauriers, ella me quitó un poco mi preocupación y me explicó que si no mejoraba en poco tiempo iríamos a una clínica francesa que al parecer tiene unos estándares bastante parecidos a los de Europa, pero sus precios no son asumibles para la población burkinabé. Gracias a la ONG en que estamos me consta que se paga la sanidad a varias personas.

Me llamó la atención que prácticamente no vi ancianos salvo un par de ellos parece ser que la falta de recursos sanitarios hace que la esperanza de vida sea más bien corta.

Fidel el presidente de la asociación

Ousmane Javi Abdul y Diego

Otro día visitamos un colegio que es fruto de la donación de una fundación de una empresa catalana de vinos y cavas, la Fundación Torres, con la que nosotros habíamos tenido contactos, Allí nos recibieron y nos enseñaron el colegio que está situado en un barrio marginal cerca del Museo Nacional. A nosotros nos pareció un buen colegio y una buena inversión de la casa Torres creemos que harían falta más. Según las hermanas sus necesidades son muchas y las donaciones pocas, así que tendrán que esperar.

Con las hermanas tomando un refresco

Como final de esta digamos memoria quiero expresar lo que a mí me ha aportado esta experiencia africana en un país tan pobre como Burkina Faso.

Creo que me ha humanizado un poco y me ha hecho ver que la gente en general, sin importar la religión, la cultura, la, riqueza, o cualquier otra cosa , siempre trata a los demás con consideración, que es agradecida, que tiene su orgullo y que siempre trata de ser feliz en la circunstancia que sea. Yo les vi felices en la asociación, compartían problemas y alegrías y me enseñaron a ser humilde como ellos lo eran lo que aumentó mi respeto por todas las formas de ser y de vivir. Nosotros no somos mejores ni peores que ellos, simplemente que somos un poco diferentes en cuanto a cultura, riqueza material y costumbres, pero como seres humanos tal vez deberíamos aprender algo de ellos. A mí no se me olvida que a fin de cuentas todos venimos de África, cosa que me une a ellos como unos parientes que emigramos hace miles de años y hemos desarrollado una cultura diferente y tal vez prosperado un poco más que ellos, pero también de ellos nos hemos aprovechado y creo sinceramente que lo seguimos haciendo.

Como final quiero agradecer a CC ONG Ayuda al desarrollo y a Rafa en particular que me diera la oportunidad de conocer una forma de vida nueva para mi además de la ayuda prestada para poder realizar este viaje y poder aportar mi grano de arena en la mejora de las relaciones con los seres humanos de otro lugar a los que tal vez no vuelva a ver nunca, pero que siempre recordaré con cariño. Esta es más o menos nuestra experiencia africana que compartimos con vosotros.

Dejaremos sitio para que nuestra hija Lucía y su marido Giuliano que también van a ir a cooperar con CC ONG durante una temporada que Tengan una feliz estancia y ya nos contarán.

No tengo que decir que la vuelta fue bien a pesar de la nostalgia que sufrimos y que a día de hoy seguimos echando de menos a nuestro hijo Javi que continua por allí y alguna cosa más

Última cena en Burkina con Silvia, Alex, Juan, Diego, Lolín y Javi

Gracias a todos por hacérmelo fácil, que seáis felices, muchos besos y buena suerte.

También quiero dar gracias a Lolín por compartir conmigo esta aventura y estos muchos años que llevamos uno al lado del otro.

Francisco Javier Otero García

L' Hospitalet, otoño 2012